

—A mi parecer—dijo—, no le atreves a relatarlo.

—Te convencerás cuando lo cuente—le contesté—, que tengo muchas razones para no atreverme a decirlo.

—Habla—insistió—, y no temas.

—Hablaré, pues, aunque no sé de qué modo y con qué palabras para intentar persuadir a los mismos gobernantes y a los soldados, y después al resto de la ciudad, de que la educación y la instrucción que les hemos dado no es otra cosa que un sueño experimentado por ellos. Pues ciertamente, permanecieron bajo tierra mientras se modelaban y formaban sus cuerpos, sus armas y el resto de sus enseres, y hasta que, terminada en totalidad esa confirmación, la tierra, su madre, les dio a luz. Es ahora, en realidad, cuando conviene que se preocupen de la tierra en que viven, como si de su madre y nodriza se tratase, defendiéndola si alguien la ataca; y considerando a los demás ciudadanos como hermanos que han salido del mismo seno.

—No sin fundamento—dijo—dudabas tanto en contarnos esta mentira.

—Y con toda lógica—añadió—. Pero mantén tu atención al resto del mito: «Sois hermanos, por tanto, cuantos habitéis en la ciudad», les diríamos prosiguiendo la fábula, y «sois hermanos en los que los dioses hicieron entrar oro al formar a los destinados al gobierno, plata al preparar a los auxiliares y bronce y hierro al hacer surgir a los labradores y demás artesanos. Así, pues, como túncis un mismo origen, ocurrirá que engendraréis hijos parecidos a vosotros, aunque quizá pueda llegar a nacer un hijo de plata de un padre de oro, o un hijo de oro de un padre de plata, pudiendo producirse también combinaciones semejantes. La diversidad prescribe de manera primordial y principalísima a los gobernantes que ejerzan su vigilancia como buenos guardianes respecto al metal que entra en composición en las almas de los niños, con el objeto de que si alguno de ellos, incluso su propio hijo, cuenta en la suya con parte de bronce o de hierro, no se compadecza en absoluto, sino que le relegue al estado que le conviene, bien sea este el de los artesanos o el de los labradores. Y les ordena igualmente que si nace de estos un hijo cuya naturaleza contenga oro o plata, le prodúgan la educación que corresponde a un guardián en el primer

disponen de la fuerza, y puedan llegar a convertirse en rudos despotas en vez de en bondadosos protectores?»

—Si, habrá que vigilarles—dijo.

—Y qué otro remedio más factible para ello, en realidad, que el darles una excelente educación?»

A lo que yo contesté:

—Esto no se ha sostenido todavía con demasiada fuerza, querido Glaucón. Si, ciertamente, como decíamos antes, conviene que reciban una buena educación, cualquiera que ella sea, esta habrá de manifestarse principalmente en la mansedumbre de ánimo hacia sí mismos y hacia aquellos a quienes guardan.

—Muy bien dicho—asintió.

—Además de esta educación, no se negará a los guardianes por cualquier hombre sensato la necesidad de que dispongan de viviendas y de enseres que les permitan ser los mejores en su clase, sin que muestren animadversión alguna hacia los demás ciudadanos.

—Y su afirmación estará justificada.

—Considera, pues, si les convendrá el régimen de vida y la habitación que yo propongo con ese fin. En primer lugar, nadie poseerá hacienda propia, salvo caso de extrema necesidad. En segundo lugar, nadie dispondrá también de habitación y despensa en donde no pueda entrar todo el que lo desee. Respecto a los viveres, se ordenará que reciban del resto de los ciudadanos una retribución adecuada y ni mayor ni menor que la que necesiten para

el año unos guerreros fuertes, sobrios y valerosos. Frecuentarán las comidas en común, obrando siempre, en este sentido, como si estuviesen en campaña. Y se les dará, en cuanto al oro y a la plata, que los dioses ya han dotado a sus almas para siempre de porciones divinas de estos metales, por lo que no tienen necesidad del oro y de la plata terrestres, cuya adquisición mancharía ese mismo don recibido. El oro puro que poseen no podrá coagirse con los muchos crímenes cometidos por el oro de la tierra.

Serán ellos los únicos a los que no se permita manejar e incluso tocar el oro y la plata, ni penetrar en la casa donde se guarden o beber en recipientes de estos metales. Solo así podrán salvarse a sí mismos y salvar a la ciudad, porque si adquiriesen tierra propia, casa y dinero pronto tendrían que ser llamados empresarios y labradores mejor que guardianes, y en lugar de defensores de los demás ciudadanos se les aplicaría el calificativo de tiranos y enemigos. En esta situación pasarían su vida odiando y siendo odiados, tratando asechanzas y siendo objeto de ellas, temiendo mucho más y en mayor grado a los enemigos de dentro que a los de fuera y corriendo ellos mismos y la ciudad rápidamente hacia su ruina. ¿No te parece, pues—concluí—, que todas estas razones nos fuerzan a convenir en la ordenación del alojamiento y de todas las demás cosas referentes a los guardianes, que precisamos tal como se ha dicho?»

—No hay duda alguna—dijo Glaucón.

LIBRO CUARTO

I. Haciendo entonces uso de la palabra Adimanto, dijo:

—¿Qué podrías arguir, Sócrates, en tu defensa, si alguien te dijese que no consigues la felicidad para esos hombres, y ello por su culpa, ya que siendo verdaderamente los dueños de la ciudad, no disfrutas de ningún bien, tal como ocurre con los demás, que poseen campos, construyen grandes y hermosas casas, adquieren los enseres apropiados para ellos, realizan a sus expensas sacrificios a los dioses, acogen a los extranjeros, y lo que tú docías hace

un momento, se hacen con oro y plata y con todas las demás cosas que necesitan para ser felices? Parece sencillamente que se encuentran en la ciudad como auxiliares a sueldo y que no tienen otro cometido que el de guardarla.

—Desde luego—contesté yo—, y ello tan solo por el alimento, ya que no habrán de recibir sueldo como los demás, de tal modo que aunque quieran ausentarse privadamente de la ciudad, no tendrán opción para hacerlo, ni tampoco para regalarle con cortesanías o disponer de cosa alguna a su antojo a la manera

como proceden las personas que parecen felices. Estas y otras muchas cosas has omitido en tu acusación.

—Puedes incluirlos en ella—replicó.—
—¿Quieres saber ahora cómo nos defendíamos?

—Sí.
—Prosiguiendo el camino emprendido—dijo yo—, encontraremos todo lo demás. Digamos, ante todo, que nada impide que, aun así, nuestros guardianes sean hombres muy felices; pero nosotros, en fin de cuentas, no fundamos nuestra ciudad con vistas a la felicidad de una sola clase, sino para que lo sean todos los ciudadanos sin distinción alguna. Consideramos que en una ciudad así formada se encontrará la justicia mucho mejor que en cualquier otra y que en una ciudad peor constituida dominará por doquier la injusticia, con lo cual venimos a parar a lo que hace tiempo nos proponíamos. Ahora, pues, de acuerdo con nuestra opinión, queda regulada la ciudad feliz, y no para que disfruten de la felicidad unos cuantos ciudadanos, sino para que la posean todos en general; inmediatamente, examinaremos la forma de gobierno contrario a esta. Supón, por ejemplo, que nos dedicamos a pintar estatuas y que alguien se acerca para decirnos que no aplicamos los más bellos colores a las partes más hermosas de la figura (porque, en verdad, los ojos no ven realzada su belleza con el color de la púrpura, sino con el negro); entonces sería ocasión de contestarle adecuadamente, replicándole: «Admirado varón, no pienses que tenemos que pintar los ojos tan bellamente que no parezcan ojos, ni tampoco de la misma manera las demás partes de la figura. Observa ante todo si dando a cada parte el color que le conviene, hacemos hermoso el conjunto. Lo mismo deseo decirte a ti, volviendo a la cuestión primitiva: no me obligues a conceder a los guardianes una felicidad tal que les transforme en cualquier otra cosa menos en guardianes. Sabemos, en efecto, que nuestros labradores podrían ser vestidos con mantos púrpúreos y adornados con oro, y hasta que cabría ordenarles que no labren la tierra sino por placer; y que no habría inconveniente en recostar a los alfareros de izquierda a derecha, prescindiendo de la rueda y dárles asueto para que se banquetearan y bebiesen a porfía

a ti que si un alfarero se hace rico querrá dedicarse a su oficio?

—De ningún modo—dijo.—
—¿No se hará, por el contrario, más indolente y despreocupado de lo que antes era?

—Indudablemente.
—Se convertirá, pues, en el peor de los alfareros.

—En efecto—dijo—, así ocurrirá.

—Además, si por causa de su pobreza no puede adquirir las herramientas o cualesquiera otros instrumentos necesarios para el desarrollo de su arte, trabajará mucho peor y hará que sus hijos o aquellos a quienes enseñe aprendan a ser malos artesanos.

—¿Cómo no?

—Por ambos motivos, pues, tanto por la riqueza como por la pobreza, se envilecen las artes y degeneran los artesanos.

—Así parece.

—En este caso, acabamos de encontrar dos cosas a las que los guardianes deberán prestar la mayor atención para que no se introduzcan en la ciudad subrepticamente.

—¿Y cuáles son esas dos cosas?

—La riqueza—dijo yo—y la pobreza. La primera procura la molice, la pereza y el amor a la novedad; la segunda, además de este mismo afán, la baja y la malicia.

—Muy bien dicho—asintió—; pero, sin embargo, Sócrates, es conveniente que consideres como nuestra ciudad, que no posee riqueza alguna, será capaz de sostener una guerra, especialmente cuando tenga que luchar con otra ciudad grande y rica.

—Está claro—replicó—, que le resultará difícil luchar con una sola, pero fácil, en cambio, si se trata de dos ciudades.

—¿Cómo dices?—inquirió.

—Por lo pronto—dijo—, si hay necesidad de entrar en guerra, ¿no lucharán contra hombres ricos y será la ventaja para los nuestros, atletas de la guerra?

—En eso si que tienes razón—admitió.

—Pues qué. ¿Admirante—pregunté—, un púgil dotado de la mejor preparación posible no te parece que podrá luchar fácilmente contra otros dos, ricos y obesos?

—Tal vez no—contestó—, si tiene que pelear con ambos al tiempo.

—Vamos—añadió—: ¿y si fuese capaz de huir y seguir luchando sin descansar, volviéndose a cada momento para propinar sus golpes en medio de un sol ardiente? ¿No podría nuestro hombre dar cuenta sucesivamente de muchos otros?

—Seguramente—dijo—, no tendría nada de extraño.

—Pero ¿no crees que los ricos están más enterados de las artes del pugilato que de las de la guerra?

—Yo, al menos, así lo creo—dijo.

—Por consiguiente, nuestros atletas lucharán sin dificultad alguna contra un número de enemigos dos o tres veces mayor.

—Estoy de acuerdo contigo—afirmó—, pero me parece que tienes complicia razón.

—Piensa por un momento que envían una embajada a otra ciudad y que le dicen, como es verdad: «Nosotros no tenemos necesidad para nada del oro y de la plata, ni nos está permitido servimos de estos metales como a vosotros; si lucháis a nuestro lado dejaremos para vosotros el botín ajeno.» ¿Crees tú que al oír esto preferirán hacer la guerra a unos perros robustos y secos que unirse con ellos contra unos rebano untuosos y tiernos?

—No lo creo. Pero si se reúnen en una sola ciudad las riquezas de las demás, cuida que no haya peligro para aquella que no las posee.

—Feliz tú—le dije—si crees que puede darse el nombre de ciudad a otra que no se rija según nuestros deseos.

—¿Por qué no?—preguntó.

—A las demás ciudades—contesté—hay que dar una denominación mucho más extensa, porque cada una de ellas no es una sola ciudad, sino la reunión de muchas, como ocurre en el juego. Por lo menos, se confundirán dos, en una y enemigas ambas: la ciudad de los pobres y la ciudad de los ricos. Muchas más hay en cada una de ellas, a las cuales, si las consideras como una sola, errarás completamente; pero si las consideras como muchas, dando a unos las riquezas y las fuerzas de los otros, te granjearás siempre muchos aliados y pocos enemigos. En tanto tu ciudad sea gobernada razonablemente según lo establecido con anterioridad, será realmente grande y no solo en la estimación de los demás; ello aunque solo disponga de un millar de comba-

tientes. No encontrarás fácilmente ni entre los griegos ni entre los bárbaros otra ciudad tan grande como esta, aunque muchas parezcan ser mayores que ella. ¿O enfocas la cuestión de otro modo?

—No, ¡por Zeus!—dijo.

III. —Por tanto—proseguí—, queda ya fijado el límite más perfecto para la actividad de nuestros gobernantes. Ese es el que conviene que den a la ciudad y a su territorio, omitiendo, en cambio, todo lo demás.

—¿A qué límite te refieres?—preguntó.

—Me refiero—añadí—al que ahora voy a decir: mientras la ciudad pueda aumentar sin dejar de ser una, permítase su crecimiento, pero sin pasar de ahí.

—Conforme contigo—dijo.

—Pero habrá que prescribir otra nueva orden a los guardianes: es ella la de que procuren por todos los medios que la ciudad no parezca pequeña ni grande, sino que sea una y suficiente para todos.

—Quizá les prescribamos—afirmó—una cosa de poca importancia.

—Y aún de menor importancia—proseguí—era esa otra de la que hicimos mención cuando decíamos que, si los guardianes tuviesen un hijo de baja condición, convenía que lo entregasen a los demás ciudadanos, lo que, en caso contrario, deberían hacer estos, entregándolo a su vez a los guardianes. Se quería dar a entender con ello que cada ciudadano habrá de ocupar el puesto que por naturaleza le corresponde, a fin de que sea uno y no una pluralidad al aplicarse al trabajo propio. Solo así la ciudad toda conservará su unidad y no encerrará en sí misma muchas otras.

—Indudablemente—dijo—, eso es de mucha menor importancia.

—Todas estas cosas que nosotros prescribimos, mi buen Adimanto, parecen muchas y de gran interés, pero en realidad no lo son, pues lo que importa únicamente es que en vez de su grandeza conserven su suficiencia.

—¿Y cuál es?—preguntó.

—La educación y el cuidado infantiles—le contesté—. Porque si con una buena educación nuestros hombres se hacen comedidos, verán entonces con facilidad todas estas cosas y aún muchas otras más que ahora damos de lado,

como son, por ejemplo, la posesión de las mujeres, los asuntos del matrimonio y de la procreación de los hijos, todas las cuales, según el proverbio, deben ser comunes entre amigos en la mayor medida posible.

—Buena solución sería—asintió él.

—Ciertamente—dije—, si un Estado empieza bien su crecimiento se asemeja al del cirulo: el cuidado infantil y la educación van formando buenos caracteres, que, a su vez, tomando por su cuenta esta educación, se hacen mejores que los que les han engendrado, tanto en lo relativo a las otras cosas como a la procreación, al igual que ocurre en los demás animales.

—Parece natural—dijo.

—Así, pues, para decirlo en breves palabras: los que cuidan de la ciudad han de esforzarse en esto, a saber: que la educación no se corrompa con conocimiento de ellos, por cuyo motivo su vigilancia será completa en bien de que no se produzca innovación alguna ni en la gimnasia ni en la música. Antes al contrario, extremarán su vigilancia temerosos de que alguien pueda decir:

Los hombres estiman mucho más aquel canto que surge más nuevo de labios de los cantores⁸.

y no piensen entonces que el poeta habla de cantos nuevos, sino de una nueva manera de cantar, la cual, por cierto, no deberán ensalzar. Pues ni conviene que lo hagan ni siquiera que

lo supongan. Habrá de mantenerse la prevención con respecto a cualquier innovación en el canto al objeto de no echarlo todo a perder; porque, como dice Damón, cuya opinión apruebo, no se puede modificar las reglas musicales sin alterar a la vez las más grandes leyes políticas.

—Puedes contarme también—dijo Adimanto—entre los partidarios de esa tesis.

IV. —Por consiguiente—añadí yo—, el cuerpo de guardia de nuestros guardianes tendrá que establecerse, al parecer, en la música.

—En ella, precisamente—dijo—, la infracción de la ley se insinúa de manera más insensible.

8. Cita de la *Odisea*, I, 351.

—En fin de cuentas, creo que podríamos afirmar que algo completo y vigoroso saldrá de ahí, ya sea bueno o todo lo contrario.

—¿Por qué no?—dijo.

—Así, pues—añadí—, por todo esto no sería yo el que tratase de legislar acerca de tales cosas.

—Como es natural—dijo.

—Por los dioses—indicé—, ¿habrá necesidad de imponer leyes sobre las cuestiones del mercado, los convenios que en él tienen lugar y, si se quiere, sobre los contratos con los artesanos, las injurias, los ultrajes, los procesos, la elección de los jueces, el establecimiento o supresión de tributos por mar y por tierra, y en una palabra, sobre todo lo relativo al tráfico, urbano o marítimo, o cuestiones análogas?

—No parece justo—replicó—prescribir lo que tú dices a hombres íntegros, porque ellos mismos encontrarán fácilmente la mayor parte de las leyes que convenga dictar.

—Sí, querido amigo—dije yo—, a condición de que los dioses les concedan la conservación de las normas a que antes nos referíamos.

—Si así no fuese—dijo—, pasarán su vida dictando y rectificando leyes y pensando que van a conseguir lo más perfecto.

—Con lo cual querrás dar a entender—insinué yo—que esos hombres vivirán lo mismo que los enfermos que no se avienen, por su intemperancia, a dar de lado a un régimen perjudicial.

—En efecto.

—Pues si que va a resultar agradable su vida. Con ese cuidado ningún progreso alcanzan, sino, muy al contrario, la complicación y el empeoramiento de sus enfermedades. Pero, con todo, estarán siempre esperando que les procure la salud un medicamento que cualquiera les recomiende.

—Ciertamente—dijo—, eso les pasa a tales enfermos.

—¿Pues qué?—proseguí—. ¿No es todavía lo más gracioso que consideren como el peor de sus enemigos a aquel que les dice la verdad y les anuncia que si no dejan de comer y de beber inmoderadamente y de vivir entregados al placer y a sus ocios, ni los medicamentos, ni los cauterios, ni las incisiones, ni los conjuros, ni cosas por el estilo, les servirán de utilidad?

—No creo que resulte gracioso—dijo—, porque no tiene gracia alguna el mostrarse violento con quien habla prudentemente.

—Al parecer—dijo yo—, no te muestras admirador de tales hombres.

—No, ¡por Zeus!—recalcó.

V. —Por tanto, cuando la ciudad entera realice cosas análogas a las que ahora mencionamos, tampoco manifestarás admiración. ¿O no te parece que obran de la misma manera las ciudades que, mal gobernadas, ordenan públicamente a sus ciudadanos que no modifiquen en nada la constitución, bajo pena de ser condenados a muerte, mientras que quien halaga dulcemente a los que obran así y muestra su sumisión arrojándose a sus pies y previendo sus intenciones, da satisfacción a su habilidad para presentarse como un ciudadano prudente y discreto en los asuntos importantes y es honrado por ellos?

—Eso mismo es lo que hacen—dijo—, pero yo no lo apruebo en modo alguno.

—Y qué diremos, en cambio, de los que ponen a prueba toda su buena voluntad en el cuidado de esas ciudades? ¿No es de admirar su valor y su destreza?

—Yo, desde luego, les admiro—contestó—, aunque no cuento en la admiración que me producen a los que se dejan engañar y piensan que realmente son políticos, por el hecho de que les ensalece la multitud.

—¿Cómo dices? ¿Es que no perdonas a esos hombres? ¿Piensas acaso que un hombre que no sabe medir puede dejar de dar crédito cuando le dicen muchos otros como él que tiene cuatro codos de alto?

—Desde luego que no.

—Por tanto, muéstrate benevolente con ellos. Esos hombres son en realidad los más graciosos del mundo al prescribir las leyes a que poco antes nos referíamos, leyes que luego rectifican en la idea de que encontrarán algo que remedien los males que afectan a los contratos y todo lo que yo con anterioridad mencionaba, desconociendo en realidad que están cortando las cabezas de una hidra.

—Creo ciertamente—dijo—que no hacen otra cosa.

—Estaba yo en lo justo—proseguí—al entender que no es conveniente que el buen legislador haya de preocuparse de tal género

de leyes y constituciones, en una ciudad bien o mal gobernada; porque en esta última no reporta utilidad con su quehacer, y en la primera, porque aquellas se hallan al alcance de cualquier ciudadano o se deducen por sí mismas de las leyes ya dictadas.

—¿Qué es, pues—preguntó—lo que nos queda por tratar en materia de legislación?

A lo que yo contesté:

—A nosotros nada, desde luego, porque las leyes más grandes, las más hermosas y las primeras de todas son patrimonio de Apolo, el dios de Delfos.

—¿Y cuáles son ellas?—siguió preguntando. —Las referentes a la construcción de templos, a los sacrificios y a los demás cultos de los dioses, de los genios y de los héroes; también se cuentan en ellas las sepulturas de los muertos y cuantos servicios fúnebres han de celebrarse aquí para atraerse a los del otro mundo. Puesto que nosotros no sabemos nada de esto, al fundar la ciudad no podremos obedecer a ningún otro, si es que conservamos el uso de la razón, ni servirnos de otro guía que no sea el de nuestro país. Es el dios de Delfos el consejero en nuestra patria de todos los hombres, a los que gobierna sentado sobre el ombligo de la tierra y en el centro del mundo.

—Estás en lo cierto—dijo—, y así habrá de hacerse.

VI. —Entonces—agregué yo—, quede ya fundada la ciudad, hijo de Aristón. Ahora tendrás que mirar por ella y procuraré donde sea la luz necesaria; para esto, llama a tu hermano y a Polemarco y a los demás, a fin de que podamos considerar en qué lugar se encuentra la justicia y en cuál otro la injusticia, en qué se diferencian ambas y cuál de las dos debe procurar alcanzar quien quiera ser feliz, a la vista o no de los dioses y de los hombres.

—No estoy de acuerdo con eso—dijo Glaucón—, porque eres tú mismo quien prometiste hacer esa indagación, manifestando que no creías justo dejar de defender a la justicia por todos los medios.

—Es verdad lo que tú me recuerdas—contesté—y no tendré otro recurso que obrar así, aunque será preciso que vosotros me prestéis ayuda.

—Y la tendrás—replicó.

—¿Pues qué? ¿Aumentan las razones para ellos si nos fijamos en la ciencia de los que trabajan el bronce u otros por el estilo?

—De ninguna manera.

—Ni, claro está, ateniéndonos a la producción de frutos de la tierra, cosa que atañe a la agricultura.

—Eso me parece a mí.

—Vamos a ver entonces—dije yo—. ¿Hay en la ciudad que acabamos de fundar recientemente una ciencia que posean solo determinados ciudadanos y con la cual no se resuelva sobre alguna cosa de la ciudad, sino en general mantenga las mejores relaciones posibles no solo consigo misma, sino también con las demás ciudades?

—Creo que sí la hay.

—¿Cuál es—pregunté yo—y en qué ciudadanos se encuentra?

—No es otra que la que tiene por objeto la vigilancia de la ciudad—contestó—, y puedes admirarla en aquellos gobernantes que denominamos guardianes perfectos.

—En relación con esta ciencia, ¿cómo designarás a nuestra ciudad?

—Diré—afirmó—que es discreta y realmente prudente.

—Muy bien—segui preguntando—. ¿Crees que en nuestra ciudad abundarán más los que trabajan el bronce o estos guardianes que mencionamos?

—Habrá mucho mayor número de gentes que trabajen el bronce—replicó.

—Así también—dije—, de todos cuantos reciben su denominación de la ciencia que cultivan, ¿no serán estos guardianes los que constituyan el menor número?

—En efecto.

—En consecuencia, la ciudad fundada conforme a reglas naturales podrá ser toda ella prudente por la parte de gente que menos abunda en ella, que no es otra que la que preside y gobierna. Es este, al parecer, el linaje más reducido y al cual corresponde la participación en esta ciencia, que es, entre todas, la única que debe ser llamada con el nombre de prudencia.

—Gran verdad la que tú manifiestas—dijo. —No sé por qué especie de hado hemos

—Voy a explicaros en qué baso mi esperanza de encontrar lo que buscamos—dije yo—: si nuestra ciudad está fundada como es debido, no hay duda de que será completamente buena.

—Por necesidad—asintió.

—Es claro entonces que dominará en ella la prudencia, el valor, la templanza y la justicia.

—Indudablemente.

—Si, pues, encontramos en nuestra ciudad alguna de esas cualidades, ¿lo que quede podrá ser lo que no hayamos encontrado?

—¿Pues qué otra cosa habría de ser?

—Cuando de cuatro cosas buscamos una solamente y nos damos por satisfechos una vez que la hemos encontrado, es claro que si ya con anterioridad habíamos hallado tres de ellas por este mismo hecho se daba a conocer la que faltaba. Ciertamente, esta sería la que quedaba por encontrar.

—Tienes razón—observó.

—¿Y no te parece que de la misma manera deberá procederse con las cualidades citadas, que también son cuatro?

—En efecto.

—Bien claro está que la primera de ellas es la prudencia, aunque algo extraño aparece con relación a esta cualidad.

—¿Qué es?—preguntó.

—En realidad, nuestra ciudad parece prudente porque la discreción reina en ella. ¿No es eso?

—Sí.

—Y esto mismo, la discreción o el buen consejo, es claro que resulta ser una ciencia; con ella, y no con la ignorancia, puede decirse lo que es justo.

—Desde luego.

—Pero muchas y también de muchas clases son las ciencias que existen en la ciudad.

—¿Cómo no?

—¿Hay razón para considerar prudente y discreta a la ciudad atendiendo a la ciencia de sus constructores?

—De ningún modo—dijo—, porque en ese caso lo que convendría llamarla es maestra en construcciones.

—Tampoco podrá decirse que la ciudad es prudente si solo se tiene en cuenta la ciencia de los que trabajan la madera.

—No, por cierto.

encontrado la primera de esas cuatro cualidades e incluso la parte de la ciudad donde asienta.

—Me parece, desde luego—añadió—, que la hemos encontrado suficientemente.

VII. —Si ahora pasamos a la consideración del valor y a la parte de la ciudad donde se halla y por la cual se da a la ciudad el nombre de valerosa, no creo que pueda presentarse dificultad alguna.

—¿Cómo? —¿Quién—dije yo—podría denominar a la ciudad cobarde o valerosa si no mirase a esa parte de ella que combate y pelea en campaña en su favor?

—Nadie—contestó—que tendiese la vista hacia otra parte.

—A mí parecer—continuó—, los demás ciudadanos que viven en la ciudad, sean cobardes o valientes, no la hacen de ningún modo tal cual ellos son.

—Desde luego.

—Por tanto, la ciudad es valerosa atendiendo a esa parte de ella en la que se mantiene a todo evento la opinión de las cosas temibles, que han de ser siempre las mismas y en consonancia con la prescripción educativa del legislador. ¿O no estimas que en eso reside el valor?

—No he comprendido muy bien lo que dices—afirmó—; repítelo de nuevo.

—Soy de la opinión—dije—que el valor es una especie de conservación.

—¿Y qué clase de conservación?

—Me refiero a la opinión adquirida por la educación acerca de cuáles y cómo son las cosas que resultan temibles. Al hablar de conservación a todo evento quiero decir que el valor es garantía de esa conservación, tanto entre dolores como entre placeres, entre deseos como entre temores. Si no pones inconveniente, procuraré describirte a qué me parece que es semejante.

—Al contrario, encantado de escucharte.

—Sabes seguramente—dije yo—que los tintorerías, cuando quieren teñir lanas de color de púrpura, escogen primero, de entre todos los colores, la lana blanca, a la que preparan seguidamente con exquisito cuidado, a fin de que tome mejor el color, hecho lo cual proceden al teñido. Lo que se ha teñido de esta

manera resulta ya indeleble hasta el punto de que el lavado de la tela, sin jabón o con él, no es capaz de privarla del brillo que posee. Sabes también lo que ocurre cuando se intenta teñir lanas de otro color o sin la preparación a que antes me he referido.

—Si que lo sé—contestó—: que se destiñen fácilmente y quedan hechas una lástima.

—Pues piensa por un momento—añadió—que eso mismo tratamos de hacer nosotros cuando realizamos la elección de nuestros soldados y les preparamos una educación por medio de la música y de la gimnasia. No otra cosa pretendemos con ello que el que recibían de las leyes un perfecto teñido, obedeciéndolas en todo momento para que, de acuerdo con la educación y la crianza recibidas, se afirmen en su espíritu la opinión de las cosas que se han de temer y las que no. Es claro que ese teñido no podrán alterarlo todos los deterioros que actúan como fuertes disolventes y que, como el placer, de poder más terrible que cualquier cosa o leña, el dolor, el temor y el deseo, producen efectos verdaderamente decisivos. Esta fuerza y conservación a todo evento de la opinión recta y justa de las cosas que hay que temer y de las que no, la llamo yo valor y me confirmo en ella, caso de que tú no la refutes.

—Nada tengo que objetar—afirmó—, pues me parece que esa recta opinión acerca de las mismas cosas, pero nacida sin educación, esto es, la animal y servil, no la consideras acorde con las leyes ni la calificas con el nombre de valor.

—Estás muy en lo cierto—dije yo.

—Admito, por tanto, que eso que tú dices es el valor.

—Y tendrás que admitir también—añadió—que es una virtud política, en lo cual acertarás plenamente. En otro momento volveremos a tratar de esto, si así lo quieres, con más precisión, puesto que ahora en realidad no iba por ahí nuestra búsqueda, sino en pos de la justicia. Ya bastante se ha investigado acerca de esa cuestión, por lo menos según mi criterio.

—Dices bien—replicó.

VIII. —Aún quedan dos cosas—continuó— a las que conviene prestar atención en la ciudad: son, ciertamente, la templanza y aque-

justamente que es dueña de sí misma, si es que ha de llamarse templado y dueño de sí mismo a todo aquel que sobrepona su parte mejor a la peor.

—Al hacer lo que tú dices—afirmó—veo que tienes razón.

—No obstante, el mayor y más variado número de deseos, placeres y penas pueden encontrarse de manera especial en los niños, en las mujeres y en los criados, e incluso en la mayor parte de los hombres libres, pero que realmente valen poco.

—En efecto.

—Y en cambio, los sentimientos más sencillos y moderados, esos sentimientos que se dejan llevar sensatamente por la recta razón, solo se hallarán en unos cuantos que disfrutan de este privilegio por su naturaleza y por su educación.

—Dices la verdad—asintió.

—Pero ¿no adviertes que esto mismo ocurre en la ciudad y que en ella los deseos y ruindades de la mayoría son dominados por los deseos y la inteligencia de los menos y más virtuosos?

—Sí que lo advierto—dijo.

IX. —Si, pues, conviene dar a alguna ciudad el nombre de ciudad dueña de sus deseos y apetitos, y por tanto de sí misma, esa ciudad no podrá ser otra que la nuestra.

—Indudablemente.

—¿Y no dominará en ella la templanza, según lo dicho?

—Desde luego—afirmó.

—Ciertamente, si en alguna otra ciudad puede darse la coincidencia de opiniones, tanto en los gobernantes como en los gobernados, respecto a los hombres que deben mandar, no hay duda de que también se producirá en la nuestra. ¿No te parece?

—Así es—contestó.

—Y en esta ocasión, ¿dónde dirás que reside la templanza? ¿En los gobernantes o en los gobernados?

—En ambos—replicó.

—Verás, pues—añadió—, que no íbamos desatinados cuando predecíamos hace poco que la templanza se parece a una cierta armonía.

—¿Por qué motivo?

—Sencillamente por la razón de que así como el valor y la prudencia, que residen en una parte de la ciudad, la hacen a toda ella valerosa y

la otra que es motivo de nuestra investigación, la justicia.

—En efecto.

—¿Cómo podríamos encontrar la justicia para no tener que habérmolas ya con la templanza?

—Yo, desde luego—afirmó—, ni lo sé ni siquiera que se mostrase la primera, porque entonces no tomaríamos el trabajo de examinar en qué consiste la templanza. Si prefieres cumplir mis gustos, considera esta antes que aquella.

—Nada se opone a que lo haga—contestó—, y sería injusto si no accediese a tus deseos.

—Pues apréstate entonces a su consideración—dijo.

—No lo dudes—repliqué—. Y ya, por lo que puedo colegir de antemano, se parece más que todo lo anteriormente examinado a un cierto acorde y armonía.

—¿Cómo?

—La templanza—añadió—es como un cierto orden y continencia de los placeres y de los deseos, según la expresión de los que dicen, no sé con qué razón, que se trata del dominio de sí mismos. Hay también otras expresiones que vienen a ser como huellas de aquella cualidad. ¿No lo crees así?

—Le presto mi entera aprobación—dijo.

—Pero ¿no es risible eso de hablar del dominio de sí mismos? Porque el que es dueño de sí mismo es también esclavo, y viceversa; en resumen, es a la misma persona a la que nos referimos con estas expresiones.

—¿Cómo iba a ser de otro modo?

—Entiendo yo, sin embargo—dije—, que esa expresión quiere significar que en el alma del mismo hombre se encuentra algo que es mejor y algo que es peor, y que cuando lo que es mejor por naturaleza manda sobre lo peor, se dice de ese hombre que posee el «dominio de sí mismo», lo que constituye una alabanza, pero cuando por su mala educación o compaña, lo mejor resulta dominado por la multitud de lo peor, esto se considera como un deshonor, diciéndose del hombre así que es esclavo de sí mismo y modelo de intemperancia.

—Y así parece—observó.

—Pues ahora—proseguí—tiende la vista a nuestra ciudad y encontrarás en ella una de estas dos cosas; porque, en efecto, podrás decir:

prudente, la templanza, en cambio, no procede de la misma manera, sino que se derrama naturalmente por todos los ciudadanos, consiguiendo que canten al unísono los más débiles, los más fuertes y los de en medio, ya quieras clasificarlos por su inteligencia, por su fuerza, por su número, por sus riquezas o por cualquier otra circunstancia análoga. De manera que podría decirse con razón que la templanza es algo así como un acuerdo, como una armonía que se establece entre lo que es inferior y lo que es superior por naturaleza, en relación con la parte que debe gobernar, bien en la ciudad, bien en cada uno de los individuos.

—Soy en todo de tu opinión—dijo.
—Con lo cual—afirmé—hemos visto ya, según parece, tres cosas de la ciudad; sólo queda por considerar esa cualidad que concede su virtud a la ciudad y que no puede ser otra que la justicia.

—Sin duda alguna.
—En ese propósito, querido Glaucón, conviene que, al igual que los cazadores, demos un rodeo a la mata y fijemos toda la atención para que no se nos escape la justicia y desaparezca de nuestra vista. Porque está claro que se encuentra entre nosotros. Mira, pues, y observa con todo interés, y no dejes de avisarme si la ves antes que yo.

—¡Bien quisiera que fuese así!—exclamó—pero bastante tendré ya con seguirte y tratar de ver lo que tú me enseñes.

—Haz entonces la acostumbrada invocación⁹ y sígueme—le ordené.

—Eso haré—replicó—; pero a condición de que seas tú el guía.
Yo le contesté:

—Pues bien: el lugar me parece inaccesible y oscuro, lleno de sombras y difícil de explorar. Pero hemos de avanzar por él.

—No lo dudemos un momento más—dijo.
—¡Ay, ay, querido Glaucón!—le dije, después de haber observado un rato—, creo que ya tenemos una pista y que la justicia no se nos escapará.

—¡Buena nueva!—exclamó.
—Verdaderamente—dije yo—era estúpida nuestra ofuscación.

⁹ Se refiere a la invocación de los cazadores a Apolo y a Artemis.

—¿Por qué?

—Pues porque me parece, mi buen amigo, que la justicia se halla ante nuestros pies sin que seamos capaces de verla. Mereceremos que se rian a carcajadas de nosotros, ya que al igual que aquellos que buscan lo que se encuentra en sus manos, así nosotros ni mirábamos a la justicia y nos distraíamos oteando a lo lejos, con lo cual quizá no hacíamos otra cosa que ocultarla.

—¿Cómo dices?—preguntó.

—Digo en verdad—contesté—que a mi entender hace tiempo que hablamos y oímos hablar de la justicia sin que siquiera nos demos cuenta de ello.

—Largo prólogo—dijo—para quien arde en deseos de escuchar.

X. —Escucha, pues—advertí—, por si algo puedes aprovechar de lo que yo digo. Justamente, lo que establecimos al principio, cuando echábamos los fundamentos de la ciudad para que se realizase en todas las circunstancias, eso mismo, por lo menos en mi opinión, viene a ser una forma de la justicia o la justicia sin más. Lo que establecimos y dijimos repetidamente, si quieres hacer memoria, es que conviene que cada cual preste atención a una sola cosa de la ciudad, precisamente a aquella para la que por naturaleza esté mejor preparado.

—Sí, convengo contigo.

—Pero también hemos oído a otros muchos y nosotros mismos repetíamos con frecuencia que el hacer cada uno lo suyo y no tratar de meterse en cosas ajenas constituye la justicia.

—Eso hemos dicho.

—Entonces, mi querido amigo—añadí—, parece que ya encontramos en que consiste la justicia: no en otra cosa que en hacer cada uno lo suyo. ¿Y sabes de dónde saco esta conclusión?

—No, pero dímelo tú—objetó.

—A mi entender—dije yo—, lo que faltaba por considerar en la ciudad, después de haber tratado de la templanza, del valor y de la prudencia, era eso que da a estas cualidades la fuerza que necesitan para subsistir. Si permanece en ellas no hay duda de que las conservamos. Decíamos en verdad que si encontramos las tres cualidades citadas, la cuarta sería sin duda la justicia.

—Y por fuerza que así ha de ser—observó.

o un hombre de espíritu comerciante, engeñado por su riqueza, por la multitud de adeptos, por su fuerza o por cualquier otra cosa análoga, trata de introducirse en la clase de los guerreros, o por su parte, el guerrero en la de los consejeros y guardianes, sin que ambos tengan cualidades para ello, intercambiándose al efecto sus instrumentos y autoridad, o cuando uno mismo intenta realizar todas estas cosas, entonces, a mi entender, y seguramente también en tu opinión, se producen un trastorno y una confusión tales que originan la ruina de la ciudad.

—Doy mi aprobación a lo que dices.

—Así, pues, la confusión y el intercambio mutuo de estas tres clases constituyen el mayor daño que puede inferirse a la ciudad y con razón deberían ser calificados de verdadero crimen.

—En efecto.

—¿Y qué otro crimen mayor contra la ciudad que cometer injusticia con ella?

—Ninguno.

XI. —Pues entonces queda precisado el alcance de la injusticia. Y en sentido inverso podremos decir también: lo contrario de la injusticia y lo que hace que la ciudad sea justa no es otra cosa que la aplicación a su privativo trabajo del linaje de los comerciantes, auxiliares y guardianes.

—Opino—dijo él—que no puede ser de otra manera.

—Sin embargo—advertí yo—, no lo digamos todavía con mucha firmeza. Hemos de trasladar esta idea de la justicia a cada uno de los hombres para comprobar si se realiza en ellos, porque, de ser así, ¿qué más podemos pedir? De lo contrario, tendremos que lanzarnos en otra dirección. Pero ahora debemos dar fin a nuestra investigación considerando si no estariamos mejor tratar de observar la justicia antes de nada en aquellos seres más extensos que también la poseen; luego, resultaría mucho más fácil encontrarla en un hombre solo. Hemos juzgado a la ciudad como ese algo más extenso, y así hemos fundado una que se estima la mejor posible, enteramente convencidos de que únicamente en la ciudad buena podría hallarse la justicia. Lo que allí se nos mostró lo trasladaremos al hombre y, caso de mantenerse el acuerdo, nada habrá que ob-

—Pero si hubiese necesidad de discriminar—proseguí—qué cualidad hará a nuestra ciudad mejor, estimo que sería difícil de determinar si la igualdad de opiniones de los gobernantes y de los gobernados, o el hecho de que se mantenga en los soldados la idea legítima e inquebrantable sobre lo que es temible o no, o la inteligencia y la vigilancia en los gobernantes, o, en fin, eso mismo que sobre todo hace buena a la ciudad y que descansa en la ocupación propia y limitada del niño, de la mujer, del esclavo, del hombre libre y del artesano, del gobernante y del gobernado, a sus actividades características.

—Desde luego, sería difícil—dijo—. ¿Cómo no?

—Por consiguiente, y al parecer, esa virtud de que cada cual haga en la ciudad las cosas que le corresponden, rivaliza con la prudencia, la templanza y el valor.

—Indudablemente—afirmó.

—Entonces, al menos, mantendrás a la justicia como rival de aquellas para la perfección de la ciudad.

—En efecto.

—Considera ahora lo que sigue y dime si te parece lo mismo: ¿corresponderá a los gobernantes en la ciudad el administrar justicia? —¿Y por qué no?

—Bien, y cuando eso hagan, ¿qué otro fin tendrán sino el de ocuparse de que nadie posea lo que no es suyo ni se vea privado de lo que le pertenece?

—Ningún otro que el que tú dices.

—Pero ¿con el pensamiento de que eso es lo justo?

—Sí.

—Con ello, la posesión y la práctica de lo que a cada uno compete se reconocerá como la justicia.

—Eso es.

—Mira, pues, ahora si estás de acuerdo conmigo. Supón que el carpintero se entromete en el oficio del zapatero o el zapatero en el del carpintero, o bien que uno de ellos, el que sea, se apropia de los instrumentos y la autoridad del otro, o que trata de hacer lo de los otros, ¿te parece que podría causar grave daño a la ciudad?

—No me lo parece—contestó.

—En cambio, creo yo, cuando un artesano

jetar. Ahora bien: si en el hombre se observan diferencias apreciables, volveremos a la ciudad para realizar de nuevo la prueba, y así, mirando a uno y a otro y poniendo a ambos en contacto, conseguiremos seguramente que salte la chispa de la justicia. Al hacerla visible, la consolidaremos todavía más en nosotros mismos.

—Creo—afirmó—que nos encontramos en el buen camino, y convendría seguir por él.

—Contéstame ahora—proseguí—: si se dice de una cosa que es lo mismo que otra, aun siendo mayor o más pequeña, ¿puede atribuirse la semejanza o la semejanza con ella?

—La semejanza—contestó.

—Por tanto, el hombre justo no diferirá en nada de la ciudad justa en lo que concierne a la idea de justicia, sino que será semejante a ella.

—Indudablemente—afirmó.

—Y, sin embargo, ya se echó de ver que la ciudad es justa cuando las tres clases de naturalezas que existen en ella hacen lo que les corresponde; y moderada, valerosa y prudente, atendiendo a las condiciones y hábitos de esas mismas naturalezas.

—Así es—dijo.

—Por consiguiente, querido amigo, estimamos que el individuo que tenga en su propia alma esas mismas partes de que hablamos merecerá ser llamado con razón con el nombre de la ciudad que reúne estas condiciones.

—Será completamente necesario—afirmó.

—Pues entonces admirado amigo—dije yo—, nos encontramos con una embarazosa cuestión respecto al alma, y es la de saber si tiene o no esas tres partes ya mencionadas.

—Desde luego que no me parece nada fácil—contestó—. Porque posiblemente, Sócrates, sea verdad el dicho de que lo bello es difícil.

—Eso parece—añadió—. Pues has de saber, Glaucón, que en mi opinión, sirviéndonos de los métodos habitualmente empleados, no lograremos nunca nuestro propósito. Mucho más largo y complicado será el camino que nos lleve a él. Pero quizá el método usado sea el adecuado para todo lo que hemos dicho e investigado hasta ahora.

—¿Y no debemos darnos ya por contentos?

—dijo—. A mí, al menos, me parece suficiente con lo dicho.

—Si—afirmó—, y para mí también basta.

—Pues bien—recalcó—, no te desanimes y prosigue tu consideración.

—¿Y no tendríamos que reconocer por necesidad—añadió—que en cada uno de los ciudadanos se dan las partes y modos de ser que se encuentran en la ciudad? Es a esta a la que pasan de aquellos. Porque sería ridículo pensar que a las ciudades a las que se atribuye un carácter ardiente, cual ocurre con las de Tracia, Escitia y casi todas las de la zona Norte, no les viene ese carácter de los mismos individuos; o, por ejemplo, el amor al saber atribuible en mayor grado a nosotros, y no menos la afición a las riquezas que es característica de los fenicios y de los habitantes de Egipto.

—Indudablemente—dijo.

—Así es—confirmé yo—y no resulta difícil reconocerlo.

—No, por cierto.

XII. —Lo que ya no parece fácil es decidir si hacemos todas las cosas por medio de estas tres partes o si aplicamos cada una a la suya propia. ¿Entendemos con uno de los principios, nos irritamos con otro y aun deseamos con un tercero los placeres de la comida, de la generación y otros análogos a estos, o bien es el alma entera la que nos pone en movimiento para todo ello? Esto es lo que parece difícil de precisar con exactitud.

—También lo creo yo así—dijo.

—Con lo cual la elucidación de esos tres principios deberá realizarse del modo siguiente.

—¿Y cómo?

—Está claro que un mismo ser no querrá hacer o sufrir al mismo tiempo y con respecto a lo mismo cosas contrarias, de manera que si encontramos que eso ocurre en dichos principios, sabremos en realidad que no son uno solo, sino muchos.

—Desde luego.

—Mantén tu atención en lo que voy a decir.

—Habla.

—¿Es posible—dije—que una misma cosa se mantenga quieta y se mueva al mismo tiempo y con relación a lo mismo?

—De ningún modo.

—Habrá que asegurarse más para no tener que discurrir en adelante. Porque si alguien

dijese de un hombre que se encuentra parado y que mueve los pies y la cabeza, que está quieto y se mueve al mismo tiempo, pienso que no sería del todo conveniente lo que dice y que mejor se expresaría afirmando que una parte del hombre está quieta y otra se mueve. ¿No es eso?

—Sin duda.

—Y si el que hablase así quisiese todavía mostrarse gracioso y añadiese que las peonzas se mantienen quietas y giran a la vez cuando se fijan en un punto y dan vueltas sin salirse de este sitio, o que lo mismo ocurre con cualquier otro objeto que gira sobre el mismo punto de apoyo, no le daríamos crédito alguno, ya que para nosotros no permanecen quietos y se mueven respecto a la misma parte de sí mismos. Consideraríamos en ellos dos partes, la línea recta y la circunferencia, y afirmaríamos que se mantienen quietos en cuanto a la línea recta, puesto que no se inclinan a ningún lado, pero que en cuanto a su circunferencia se mueven en círculo, y que cuando inclinan su línea recta hacia la derecha, hacia la izquierda, hacia adelante o hacia atrás al mismo tiempo que dan vueltas, entonces no están de ningún modo quietos.

—Así es—dijo.

—Por tanto, no nos llenará de estupor nada de lo dicho, ni podrá tampoco persuadirnos de que hay algo que sea capaz de sufrir, de ser o de hacer cosas contrarias, al mismo tiempo y con relación a lo mismo.

—A mí, desde luego, no me convencerá—afirmó.

—Sin embargo—proseguí—, para que no tengamos necesidad de prolongar nuestras discusiones respecto a todo esto, asegurando que no es verdadero, admitamos que realmente es así y sigamos adelante. Y reconozcamos sobre todo que si en alguna ocasión se aparecía de modo distinto, todas las cosas que deduzcamos quedarán sin efecto.

—Es menester hacerlo así—dijo.

XIII. —Pues vamos a ver—añadió—. ¿Querás admitir que el asentimiento y la negación, o desear un objeto y luego rechazarlo, así como atraerle y repudiarle y todo lo que es análogo, son cosas contrarias entre sí, sean acciones o pasiones? Porque nada de esto importa.

—Si—repuso—, las considero contrarias.

—¿Pues qué?—pregunté—. El hambre, la sed y en general todos los apetitos, así como el querer y el desear, ¿no se refieren a esas partes que ahora hemos enumerado? ¿No se desea siempre a lo que apetece, o que atrae hacia sí lo que desearía poseer, o que en cuanto quiere que se le proporcione, asiente ella a sí misma como si aumentase sus exigencias respondiendo a la demanda de alguien?

—Estoy de acuerdo con ello.

—Pero ¿no pondremos el no querer, el no desear y el no apeteecer, con el rechazar y alejar de sí, entre las cosas contrarias a las de antes?

—¿Cómo no?

—Si esto es así, ¿no diremos que hay una clase de apetitos y que los que más claros se nos presentan son los que llamamos sed y hambre?

—Sí, lo admitiremos—asintió.

—Y la primera clase, ¿no es un apetito de bebida, así como la otra de comida?

—En efecto.

—Por tanto, la sed en cuanto sed, ¿será en el alma deseo de algo más que lo que hemos dicho? ¿Podrá admitirse que la sed sea sed de algo caliente, o frío, o de mucha o poca bebida, o, en una palabra, de alguna bebida determinada? ¿O no añade el calor a la sed el deseo de la bebida fría, o el frío el deseo de la bebida caliente? ¿Y no ocurre también que al ser grande la sed se quiere beber mucho, en tanto cuando es pequeña se desea beber poco? Pero la sed en sí misma no es nunca deseo de otra cosa, sino de lo que la naturaleza le exige, esto es, de la bebida en sí misma, al igual que el hambre lo es de la comida.

—No hay duda de ello—afirmó—, pues todo deseo lo es solo de lo que le conviene por naturaleza, y de tal o cual cualidad, según lo que se le añada.

—Que no nos conturbe nadie—añadió—de manera imprevista advirtiéndome que no se desea la bebida en sí, sino bebida buena, ni la comida en sí, sino comida buena. Porque ciertamente todos apeteecemos las buenas cosas, y si la sed es un apetito, lo será de algo bueno, bebida o comida, y lo mismo los otros apetitos.

—Quizá resulte de importancia—arguyó— lo que ahora se dice.

—Sin embargo—dije yo—, todas aquellas cosas que tienden a un objeto se refieren indudablemente a él en cuanto son tales cosas, pero a mi entender sólo a su objeto propio consideradas en sí mismas.

—No lo comprendo—afirmó.

—¿Y no comprendes así mismo—pregunté— que lo que es mayor lo es por ser mayor que algo?

—Desde luego.

—¿Y que la relación se manifiesta porque algo también es menor?

—Sí.

—¿Y que la distancia aumenta entre una cosa mucho mayor y otra mucho más pequeña?

—Sí.

—¿Tienes algo que oponer a que lo que fue mayor lo haya sido en relación a algo más pequeño, y a que esa relación no se mantenga en el futuro?

—¿Qué voy a oponer?—contestó.

—La misma relación subsiste no sólo entre lo más con respecto a lo menos, sino entre lo doble con respecto a la mitad y entre las demás cosas de este tipo. Igual ocurre si reparamos en lo más pesado relativamente a lo más ligero, y en lo caliente respecto a lo frío, y en todo lo que sea semejante a esto.

—Desde luego.

—¿Y qué decir de las ciencias? ¿No se razona con ellas del mismo modo? La ciencia en sí es ciencia del conocimiento en sí o de todo aquello que, sea lo que sea, conviene que se convierta en objeto de conocimiento. Una ciencia, y determinada ciencia, lo es así mismo de un determinado conocimiento. Así, por ejemplo, cuando surgió la ciencia de la construcción, ¿no quedó ya aparte de las demás ciencias y se la denominó en lo sucesivo con el nombre de arquitectura?

—Efectivamente.

—¿Y no ocurrió así por ser una ciencia especial distinta de todas las demás?

—Sí.

—Pero con ello lo que se hacía era precisarla como ciencia de un objeto determinado. ¿Y no podría decirse lo mismo de las demás artes y ciencias?

—Indudablemente.

y ello ocurre también en muchas ocasiones.

—¿Qué explicación—pregunté—cabe entonces dar a esto? ¿Es que no hay en el alma de estas personas algo que las impulsa a beber y algo que las retiene? ¿Y no es este último principio más poderoso que el primero?

—Eso me parece a mí—replicó.

—Y cuando se origina ese principio que las impide beber, ¿no nace de la razón, en tanto que aquellos otros que las mueven y las arrastran tienen como causa los padecimientos y las enfermedades?

—También parece ser así.

—No sin razón—dije yo—hemos de estimar que se trata aquí de dos cosas diferentes, una de las cuales, que es la parte con que se razona, es el principio racional del alma, y la otra, aquello con lo que se desea, se siente hambre y sed. Este último principio también absorbe los demás apetitos y todo lo irracional y concupiscible, como amigo que es de las satisfacciones cumplidas y de los placeres.

—Es natural—asintió—que sea este nuestro pensamiento.

—Precisemos, pues—añadí—, estos dos principios que se encuentran en el alma. Mas, y la cólera y aquello con que nos encolerizamos, ¿deberá ser considerado como un tercer principio o antes bien de la misma naturaleza de los otros dos?

—Quizá—dijo—haya que hermanarlo con el apetito concupiscible.

—Sin embargo—arguí yo—, en cierta ocasión hubo de escuchar una historia a la que ciertamente doy mi aprobación: Leoncio, hijo de Aglayón, al subir del Pireo por la parte exterior de la muralla norte, advirtió unos cadáveres que yacían al lado del verdugo. Se desencadenó entonces en él una terrible lucha: sentía irreprimibles deseos de ver los cadáveres, pero a la vez clara aversión y repugnancia hacia ellos. Se cubría el rostro sin cesar hasta que, cediendo a sus deseos, abrió enteramente los ojos y, echando a correr hacia los muertos, exclamó: «¡Ahí los tenéis, desgraciados, disfrutad ampliamente del hermoso espectáculo!»

—También yo había oído esa historia—afirmé.

—Y habrás visto por ella—observé—que la cólera combate a veces con los apetitos como si fuese algo distinto de ellos.

—En efecto—dijo—, eso parece.

XV. —¿Y no observamos igualmente—añadí—en muchas otras ocasiones, cuando nuestros deseos se rebelan contra la razón, que nos irritamos contra nosotros mismos y contra el apetito que priva en nuestro interior, y que, como en una lucha partidista de dos enemigos, la cólera se alza entonces con la razón? En cambio, no creo que hayas podido experimentar ni en ti mismo ni en ningún otro que la cólera se ponga de acuerdo con el apetito concupiscible cuando la razón proclama que ya nada queda por hacer.

—No, ¡por Zeus!—dijo.

—¿Y qué hemos de afirmar—añadí—cuando uno piensa que es injusto? ¿No es verdad que cuanto más generoso se muestre, tanto menos podrá irritarse, aunque sufra en sí mismo los rigores del hambre, del frío o de cualesquiera otros males, aplicados por quien estima que obra justamente? Como digo, su cólera no llegará al extremo de despertarse contra ese individuo.

—Así es—dijo.

—Sin embargo, otra es la cuestión si uno piensa que padece la injusticia. ¿No hierve en él la cólera, no se irrita y se alza con todo lo que le parece justo, y a pesar de sufrir hambre, frío y todas las demás cosas análogas a estas, se sobrepone a ellas, las vence y no cesa en sus esfuerzos hasta que las realiza enteramente o le alcanza la muerte, o, si acaso, se aquieta a la voz de su pastor?

—Me parece muy bien lo que dices—afirmé—; por eso en nuestra ciudad hemos puesto a los auxiliares como si fuesen perros obedientes a los gobernantes, que son los verdaderos pastores de la ciudad.

—Has comprendido perfectamente—dije yo—lo que quería mostrar con mi comparación. Pero presta atención ahora a la reflexión que voy a hacerte.

—¿Cuál es?

—Que la cólera se nos muestra en estos momentos como todo lo contrario de lo que decíamos hace poco. Pensábamos entonces que era algo concupiscible, mas ahora se aparece tomando las armas en favor de la razón en cuanto se suscita una querrela en el alma.

—Nada más cierto—dijo.

—¿Y habremos de considerarla como algo distinto de la razón o bien como una de las formas de ella, de tal modo que no sean tres, sino dos, lo racional y lo concupiscible, los principios existentes en el alma? ¿O de la misma manera que en la ciudad se mantienen estos tres linajes, el de los comerciantes, el de los auxiliares y el de los magistrados, se encontrará también un tercero en el alma, el apetito irascible, auxiliar por naturaleza de la razón siempre que no se le haya deformado por una mala educación?

—Es necesario—contestó—que exista un tercer principio.

—Sí—afirmé—, a condición de que se muestre distinto del racional, como ya se mostró distinto del concupiscible.

—Cuestión que no parece difícil—dijo—. Porque cualquiera puede observar que los niños al nacer, están dominados por la cólera, y que algunos incluso no parece que lleguen nunca al uso de la razón; muchos, por lo pronto, demasiado tarde.

—Sí, ¡por Zeus!—observé—, es justa tu aclaración. Podría también comprobarse en las bestias lo que tú dices referido a los hombres. Pero, por encima de todo, nos confirmará el aserto la expresión de Homero citada anteriormente:

Y golpeándose el pecho, reprendió de esta manera a su corazón.

Aquí se evidencia claramente que Homero quiso representar dos principios distintos: el uno, la consideración del bien y del mal contra la cólera privada de la razón.

—Nada tengo que objetar a lo que dices—afirmé.

XVI. —Por tanto—concluí—, aunque con dificultad, hemos llegado a poner de manifiesto que en el alma de cada uno de nosotros se encuentran los mismos principios, y en el mismo número, que en la ciudad.

—Así es.

—¿No será, pues, necesario que el individuo demuestre ser prudente en el mismo grado y por la misma razón que la ciudad?

—¿Cómo no?

—¿Y que por el mismo motivo sea valeroso, a la manera de la ciudad, y obre en la misma forma que esta en todo lo referente a la virtud?

—Necesariamente.

—Pienso yo, Glaucón, que reconoceremos al individuo justo por las mismas razones que a la ciudad.

—También eso es necesario.

—Pero no debemos echar en olvido, sin embargo, que la ciudad era justa porque lo eran también las tres clases de que se componía. —No creo que lo hayamos olvidado—dijo.

—Recordemos, pues, que cada uno de nosotros solo será justo en la medida en que haga lo que le corresponde e igualmente las partes que le componen.

—Desde luego—observé—, conviene que lo recordemos.

—¿Y no es al principio racional al que compete el gobierno, precisamente por su prudencia y la previsión que ejerce sobre toda el alma, y al principio irascible la condición de auxiliar y aliado?

—En efecto.

—¿No se logrará esto, como decíamos, merced a la combinación armónica de la música y de la gimnasia, que mantendrá la tensión de uno de los principios con sus buenos preceptos y su enseñanza y hará a la vez que el otro se apacigüe y se someta con la armonía y el ritmo?

—Enteramente—dijo.

—Con esta educación y esta instrucción, que es la propia de ellos, dichos principios gobernarán el apetito concupiscible (que ocupa la mayor parte del alma en cada uno y manifiesta por naturaleza su ansia de bienes) y tendrán sumo cuidado de que, lleno aquel hasta el máximo de los llamados placeres del cuerpo, no se haga fuerte en tal grado que deje de realizar las cosas que le competen y trate de doblegar y gobernar aquella que no le corresponde, alterando así por completo la vida de todos.

—Sin duda alguna—dijo.

—¿No serán también esos dos principios—añadí yo—los que mantengan mejor la vigilancia sobre el alma toda y el cuerpo contra los enemigos externos, tomando por una parte las determinaciones necesarias, luchando y siguiendo por otra al que manda y procurando obedecerle sin mengua alguna de su valor?

—Así es.

—A mi entender, llamaremos a cada uno va-

y la falta de veneración a los dioses, serán cosas atribuibles a otro cualquiera, pero no a él.

—En efecto—contestó.

—¿Y no hemos de considerar como causa de todo esto el hecho de que están reglamentadas todas las partes de su alma, tanto en lo referente a gobernar como a ser gobernadas?

—Esa y no otra parece ser la causa.

—¿Podrías encontrar otra virtud que no fuese la justicia, capaz de producir tales hombres y tales ciudades?

—No, ¡por Zeus!—contestó.

XVII. —Se ha realizado, pues, aquel ensueño que al principio veíamos con desconfianza. Ya que una vez se han puesto los cimientos de la ciudad, se advierte que, con la ayuda de la divinidad, es posible encontrar cierto principio y señal de la justicia.

—Enteramente de acuerdo.

—Para nosotros ya existía, Glaucón, una imagen de la justicia, que nos ha sido de mucha utilidad: no es otra que la de considerar que quien es zapatero por naturaleza, debe dedicarse a hacer zapatos y no a otra cosa, y que quien es constructor habrá de emplear su tiempo en las construcciones, y de igual modo todos los demás.

—Así parece.

—Realmente, la justicia parece que es algo de esta clase, pero no en lo que concierne a la acción externa del hombre, sino respecto a su acción interna; es ella la que no permite que ninguna de las partes del alma haga lo que no le compete ni que se entremeta en cosas propias de otros linajes, sino que, ordenando debidamente lo que corresponde, se rige a sí misma y se hace su mejor amiga al establecer el acuerdo entre sus tres elementos, como si fuesen los términos de una armonía, el de la cuerda grave, el de la alta y el de la media, y todos los demás tonos intermedios, si es que existen. Una vez realizada esta ligazón y conseguida la unidad a través de la variedad, con templanza y concierto, el hombre tratará de actuar de algún modo, ya para la adquisición de riquezas, ya para el cuidado de su cuerpo, ya para dedicarse a la política o para consagrarse a los contrarios privados, juzgando y denominando justa y buena en todas las ocasiones a la acción que conserve y mantenga en él dicho estado, y dando el nombre de prudencia al conocimiento

leroso, atendiendo a este segundo principio, cuando lo irascible conserve su lucidez racional respecto a lo que es temible y a lo que no lo es a través de sus penas y placeres.

—Eso creo yo también—asintió.

—Y será prudente en razón a esa su peculiar parte que manda en él y le da tales enseñanzas, pues así posee la ciencia de lo que conviene a cada cual y a toda la comunidad, con las tres partes que la componen.

—En efecto.

—¿Pues qué? ¿No surgirá la templanza por el amor y la armonía de estas mismas partes, cuando lo que gobierna y lo que es gobernado se muestran de acuerdo en que el principio racional debe gobernar y no se sublevar contra él?

—Tanto para el individuo como para la ciudad—afirmé—, no hay otro modo de entender la templanza.

—Y aquel será justo por las razones que ya hemos repetido muchas veces.

—Necesariamente.

—¿Pues qué?—dije—. ¿No podrá ocurrir que se nos embote la justicia y que parezca distinta a la que se nos mostró en la ciudad?

—No lo estimo así—contestó.

—Bien, pues si nuestra alma permaneciese todavía en la duda—afirmé—, tendríamos que hacerla desaparecer recurriendo al procedimiento de los absurdos.

—¿Cuál es?

—Supongamos que hemos de llegar a un acuerdo acerca de la ciudad que mencionamos y del individuo que por naturaleza y educación es semejante a ella. ¿Es de creer que un hombre así, que hubiese recibido un depósito de oro o de plata, sería capaz de cometer un fraude? ¿Quiénes juzgas que habrían de pensar de esta manera sino precisamente los que no estuviesen formados como él?

—Opino como tú—contestó.

—¿No estaría este hombre muy lejos de cometer sacrilegios, robos y traiciones, tanto públicas como privadas, contra las ciudades?

—Desde luego, muy lejos estaría de ello.

—Además, de ningún modo faltaría a sus juramentos y a todas las demás concesiones que hiciese.

—¿Cómo habría de fallar?

—Los adulterios, el abandono de los padres

que la presida, así como el de acción injusta a la que corrompa esa ordenación, e ignorancia a la opinión que la gobierna.

—Gran verdad es lo que dices, Sócrates—dijo.

—No creo, pues, que nos engañemos—repliqué—, si decimos que hemos encontrado ya no solo al hombre justo, sino también a la ciudad justa, así como a la justicia que en ambos existe.

—¡Por Zeus!, desde luego que no—dijo.

—¿Sentaremos esa afirmación?

—No hay inconveniente.

XVIII. —Prosigamos entonces—añadió—, pues pienso que después de esto todavía tendremos que examinar lo que es la injusticia. Indudablemente.

—¿Y qué otra cosa podrá ser sino una subversión de esos tres principios su injerencia indiscreta en cuanto no les corresponde y la sedición de una parte del alma contra la totalidad de ella al objeto de usurpar un mando que no le compete, pues precisamente la Naturaleza ha dispuesto esas partes para obedecer o para mandar, según los casos? A mi entender, debemos decir que la perturbación y extravío de esas partes es lo que llamamos injusticia, intemperancia, cobardía e ignorancia y, en una palabra, maldad total.

—Así es—dijo.

—Por tanto—proseguí—, el hacer cosas injustas, el obrar de acuerdo con la justicia o contra ella, ¿no son cosas que conocemos ya perfectamente, sabiendo como sabemos lo que es la injusticia y la justicia?

—¿Cómo no?

—Porque en esto—dije yo—no hay diferencia respecto a la salud y a la enfermedad. Estas afectan, en realidad, al cuerpo, pero aquellas, al alma.

—¿Y cómo?—preguntó.

—Pues mira, las cosas sanas es indudable que producen la salud, mientras que las nocivas producen la enfermedad.

—Sí.

—¿Y no produce también la justicia el realizar cosas justas, y la injusticia el actuar injustamente?

—Necesariamente.

—Pero producir la salud no es otra cosa que preparar las partes del cuerpo para que domi-

nen o sean dominadas, según su naturaleza; en tanto que producir la enfermedad es alterar este mismo orden, contra lo naturalmente previsto.

—En efecto—afirmó.

—Apliquemos estas razones a nuestro propósito: ¿no es el producir la justicia preparar las partes del alma para que cumplan su cometido, según su naturaleza; y el producir la injusticia atribuir a unas y a otras un gobierno que va contra su naturaleza?

—Desde luego—contestó.

—En consecuencia, y según parece, la virtud es una especie de salud, belleza y buen estado del alma, mientras que el vicio es una enfermedad, deformidad y flaqueza de la misma.

—Estás en lo cierto.

—¿Y no sabemos que las acciones buenas nos llevan a la adquisición de la virtud y las malas a la posesión del vicio?

—Por fuerza.

XIX. —Al parecer, no nos queda ya otra cosa por investigar sino si es conveniente ser justos, actuar honradamente y consagrarse a la justicia, se conozcan o no los hechos del que obre así, o cometer injusticias y ser injustos, libres del temor a sufrir el castigo o bien obligados a mejorar de conducta.

—En cuanto a mí, Sócrates, estimo ridículo que nos detengamos en esa investigación, porque si creemos que una vez destruida la naturaleza del cuerpo es imposible vivir, aun poseyendo todos los alimentos y bebidas y toda clase de riquezas y de poder, ¿será posible que vivamos cuando se perturbe y corrompa la naturaleza de aquello con lo que hacemos, no obstante conservar la facultad de hacer cuanto deseamos, a excepción de lo que pueda liberarle del vicio y ayudarle a la adquisición de la justicia y de la virtud? Así parece que debe ser, suponiendo que las cosas ocurran tal como hemos dicho.

—En efecto, resulta ridículo—dije yo—; aunque, sin embargo, puesto que hemos llegado a un punto en el que meridianamente se nos manifiesta esa verdad, quizá no sea lícito que nos detengamos.

—¡Por Zeus!—observó—, de ningún modo debemos desfallecer.

—Atiéndeme un momento—dije—para que puedas advertir bajo cuántas formas se pre-

—Cinco—dije—, tanto en uno como en otro caso.

—Pues enumerámelos—observó.

—Yo digo—repliqué—que es una la forma de gobierno a la que nos hemos referido, pero que puede recibir dos denominaciones: cuando hay un hombre solo que sobresale entre los demás gobernantes, se llamará monarquía, mas si son muchos, aristocracia.

—Dices la verdad—afirmó.

—Pero esto en nada priva para que la forma de gobierno sea única—observé—. Porque ya sean uno, ya sean muchos los que gobiernen, no se alterarán las leyes fundamentales de la ciudad si se mantienen la educación y la instrucción de que hablamos.

—No es verosímil—repuso.

LIBRO QUINTO

de lo que venimos tratando; has creído que podías despacharte a tu gusto diciendo sencillamente que en cuanto a las mujeres y a los niños estaba claro que todas las cosas de los amigos debían ser comunes.

—¿Y no es así entonces, Adimanto?—pregunté.

—Desde luego—contestó—. Pero eso, como muchas otras cosas, necesita una explicación para dejar en claro de qué comunidad se habla. Pues piensa que esta puede revestir varias formas, por lo cual no deberás omitir a cuál de ellas referirte. Nosotros, por lo pronto, hace tiempo que estamos a la espera de tus declaraciones sobre la procreación de los hijos, sobre la manera de educarlos después de nacidos y, en general, sobre esa comunidad de mujeres y de hijos que tú mencionas. Porque estimamos que es sobremanera importante para una ciudad el que una cuestión como la presente tenga o no feliz realización. Así, pues, al ver ahora que atiendas a otra forma de gobierno sin haber tratado de esta suficientemente, nos ha parecido oportuno, como ya has oído, no dejarte pasar adelante sin haber aclarado antes este punto, como has hecho con los demás.

—Uno mi voto al vuestro—dijo en ese momento Glaucón.

I. —Tales son la ciudad, la forma de gobierno y el individuo a los que califico de buenos y rectos. Y si esta forma de gobierno es recta, no hay duda de que serán malas y viciosas todas las demás, tanto si se refieren a la ciudad como si atañen al carácter peculiar del alma. Limitemos a cuatro estas formas viciosas.

—¿Y cuáles son?—preguntó.

Iba yo a proceder a su enumeración, tal como me parecían nacer unas de otras, cuando Polímarco—sentado a cierta distancia de Adimanto—, extendiendo el brazo y cogiéndole del manto por la parte superior y junto al hombro, le acerco hacia sí e inclinándose le dijo unas palabras de las que solo pudimos entender las siguientes:

—¿Te parece que lo dejemos o seguimos adelante?

—En modo alguno—dijo Adimanto, levantando la voz.

A lo que yo repuse:

—¿Qué es eso—pregunté—que no queréis dejar?

—Pues nada menos que a ti—contestó.

—¿Y con qué motivo?—pregunté.

—Nos parece—repuso—que vas perdiendo el ánimo y que tratas de ocultar a nuestra consideración una parte y no la menos importante